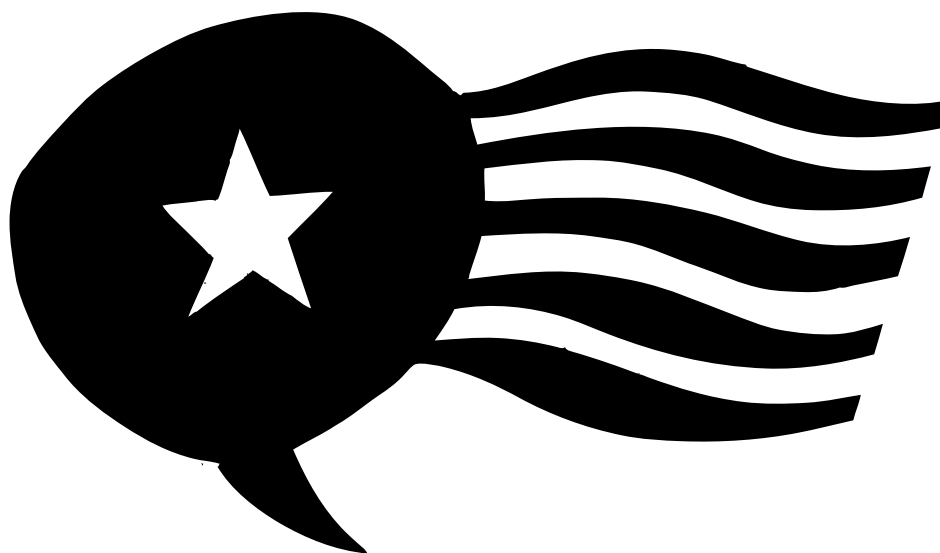


La política exterior de Estados Unidos

Debate en torno al realismo, idealismo y moralismo

Samuel R. Schubert



A últimas fechas se ha suscitado una intensa discusión entre las elites políticas estadounidenses sobre el rumbo en que se ha encaminado este país. Una vez más se escucha hablar sobre un “Imperio Estadounidense” que se encuentra en el borde de la sobre-extensión, se debate sobre la importancia relativa del idealismo, la democracia, el interés nacional, y sobre el preocupante proceso de Contrailustración adoptado por parte de la población estadounidense quien ha dado la espalda a la lógica y a las innovaciones científicas en favor de un arrogante y peligroso moralismo.¹

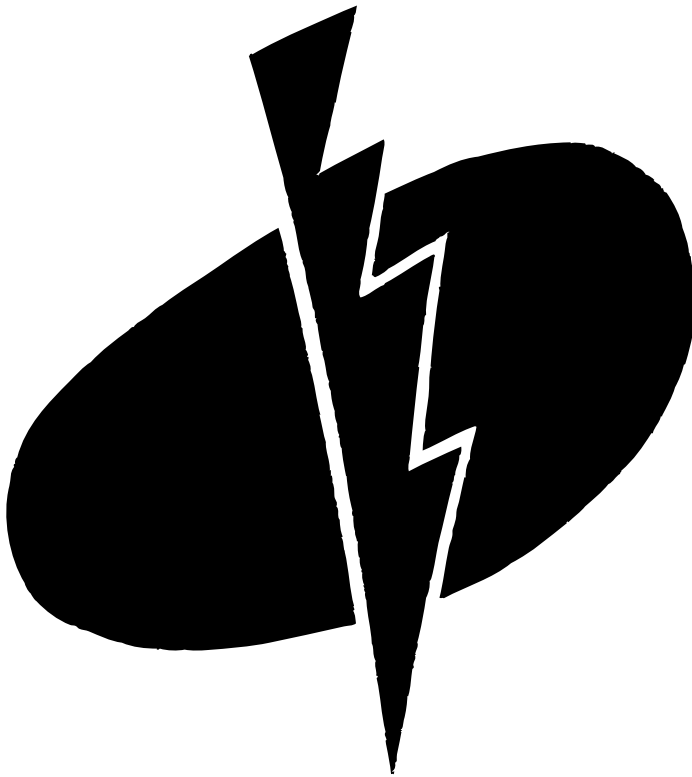
¹ Agradezco a Luis Valentín Pereda del Centro de Investigación y Docencia Económicas por su colaboración en la traducción de este artículo. Bien Común agradece al autor la posibilidad de publicar el presente artículo, ofrecido a nuestros lectores por primera vez en español.

Algunos pensadores críticos, silenciosos durante mucho tiempo, han comenzado a alzar la voz, preconizando: “fuera lo nuevo y bienvenido sea lo viejo”. Esta propuesta no es reciente. Se manifestó con fuerza durante la década de los setenta cuando el Partido Republicano arrebató las riendas del gobierno a los demócratas idealistas, y también se hizo patente hace un siglo cuando la Unión Americana se percató de que había ascendido al nivel de potencia mundial.

Mediante una refinada perspectiva realista, Theodore Roosevelt intentó, sin éxito, proyectar a Estados Unidos hacia la escena mundial de tal forma que los intereses estadounidenses representaran la única guía del gobierno en materia de política exterior.

Por su parte, Woodrow Wilson logró posicionar a Estados Unidos a la cabeza del sistema internacional, sirviéndose para ello de un imperativo moral según el cual el mundo sólo sería seguro y pacífico para los estadounidenses cuando fuera completamente democrático. Desde entonces Estados Unidos ha buscado asegurar sus objetivos internacionales mediante una exitosa y casi ininterrumpida perspectiva wilsoniana.

Sin embargo, las políticas concebidas desde principios moralistas sólo funcionan adecuadamente cuando existen grandes potencias que intentan proyectar su poder sobre la comunidad internacional. Esto explica, por ejemplo, la longevidad de la Santa Alianza entre Austria, Rusia y



Prusia que curiosamente se fundaba sobre principios de supremacía moral y tenía como propósito suprimir revoluciones y defender el derecho divino de las casas nobles de Europa para gobernar sobre las masas, operando en forma diametralmente opuesta a los fundamentos de la libertad y de la democracia.

Por otra parte, Estados Unidos no ha practicado ni promovido la práctica de una política realista desde los años de Nixon y Kissinger. Como en los tiempos de Roosevelt, los estadounidenses parecen preferir un moralismo visionario por encima del crudo interés nacional. Como Kissinger solía señalar, Estados Unidos es la única nación sobre la faz de la tierra en la cual ser llamado realista ha sido equiparable a un insulto.

Sin embargo, hoy en día, la voz de los realistas ha recobrado fuerza y ha surgido de distintas direcciones. No es de sorprender que los miembros del partido demócrata se muestren críticos al intervencionismo radical del presidente Bush. Después de todo, es una antigua regla del mundo político: cuando te encuentres en la oposición: oponte. Pero lo que llama la atención es el más reciente y llamativo fenómeno del creciente neorrealismo que encuentra sus orígenes en las cenizas de las discrepancias neoconservadoras. Muchos republicanos están despertando de un largo periodo de hibernación sólo para percatarse que su presidente ha construido una política exterior que contradice seriamente sus tendencias realistas. Estos republicanos cuestionan la pertinencia de la política estadounidense hacia Irak y difieren ante a la postura del presidente en lo re-

ferente a Irán. También se preguntan cómo se permitió que China infringiera, al invertir en Venezuela, una de las piedras angulares más antiguas de la política exterior estadounidense² y critican la cruzada neoconservadora por la democracia, que representa la adopción de una postura que no encaja ni en el excepcionalismo wilsoniano ni en el realismo de Roosevelt. En otras palabras, dichas elites se están comenzando a preguntar: ¿Se encuentran realmente estas políticas dentro del interés nacional?

Es importante señalar que el acalorado debate en relación a la política exterior estadounidense, que se desarrolla hoy en Washington y a lo largo del territorio de la Unión Americana, no es una señal de debilidad estadounidense. Quienes así lo creen se percatarán de su error tarde o temprano. El debate no representa a un imperio en decadencia. Por el contrario, simboliza la fortaleza y longevidad estadounidenses. Es un ejemplo de cómo Estados Unidos logró transformarse en una gran potencia y de por qué sigue siendo hoy en día el único árbitro mundial en la comunidad internacional. La capacidad de Estados Unidos para regresar a los principios realistas cuando alcanza los límites de su idealismo es el material con el que ha construido su éxito. Así sucedió en los años de la *détente* con China y así sucederá de nuevo con la cruzada por la democratización del planeta como estrategia para luchar la guerra contra el terrorismo.

Resulta absurdamente prematuro escribir epitafios sobre la caída de Estados Unidos. No se trata de decadencia. Es verdad que el renacimiento del realismo —y de las fuerzas contra oscurantistas en su interior— es indicativo de una nación preocupada por su futuro. Pero es en tiempos difíciles cuando Estados Unidos ha mostrado lo mejor de sí. La historia ha demostrado que los estadounidenses saben cuando es tiempo de cambiar. ■

² De acuerdo con la doctrina Monroe, EUA debe ser la única superpotencia con influencia en el hemisferio.